



› Hugo Fontana ‹

LAS MIL CUESTIONES DEL DÍA

Trece historias de anarquistas



© 2014, Hugo Fontana

© 2014, Alter ediciones

www.alterediciones.com

alterediciones@gmail.com

2019, primera reimpresión

Diseño y armado:

manosanta desarrollo editorial

www.manosanta.com.uy

Portada:

Adaptación de: *Huyendo de la crítica*, 1874

de Pere Borrell del Caso (1835-1910)

Impreso en Uruguay

ISBN: 978-9974-8226-7-2 (edición impresa)

ISBN: 978-9974-8226-8-9 (edición digital)

Depósito legal: 375 328 / 2019

Esta edición de 300 ejemplares se terminó de imprimir
al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo,
en el mes de setiembre de 2019.

› Hugo Fontana ‹

LAS MIL CUESTIONES DEL DÍA

Trece historias de anarquistas



alter  ediciones

Montevideo, setiembre de 2019

«Solo estamos vencidos en lo inmediato».
V́ctor SERGE

LOUISE MICHEL (1830-1905)

El poder es una cosa maldita

«Lo bello solo tiene una forma, lo feo tiene mil».

Víctor HUGO

En el departamento francés de Haute Marne, en el castillo de Vroncourt construido en el siglo XVII y propiedad de Etienne Charles Demahis, el 29 de mayo de 1830 nació la niña Louise Michel, hija de la sirvienta Mariana Michel y, se supone, del propio Demahis, aunque hay quienes dicen que el verdadero padre pudo haber sido el hijo de Etienne, Laurent. Lo cierto es que la niña crecerá en un ambiente amable y culto, y pronto llamará «abuelos» a Etienne y a Carlota, su esposa. El señor es un liberal compenetrado con las ideas de Voltaire y de Rousseau, que la introducirá en la lectura de estos y otros autores desde su infancia. Ya en su adolescencia, Louise escribirá sus primeros poemas («*En Clermont, cerca de mi ventana/ florece un gran rosal blanco./ Al abrirse la flor aparecen/ en sus pétalos manchas rojas de sangre*») y alguna que otra narración que luego destruirá avergonzada.

En 1850 muere Demahis y cinco años más tarde, Carlota. Para ese entonces Louise había comenzado sus estudios para ser maestra. La naturaleza le había otorgado el don de la inteligencia pero ningún otro atributo físico más que la fealdad. Tenía la frente demasiado alta, los ojos demasiado chicos, una nariz demasiado larga, una boca importante que luciría siempre una sonrisa débil y enigmática, a veces

parecida a las pintadas por Leonardo, el mentón ligeramente hundido y un cuerpo flaco en el que era difícil distinguir alguna forma femenina.

A los 23 años trabaja como institutriz en Audeloncourt, Clefmont y Millières (Haute Marne), se escribe con Víctor Hugo, a quien envía una y otra vez sus poemas y artículos, y sueña con ir a París, donde Luis Bonaparte ha dado su golpe de Estado, autoproclamándose Napoleón III y fundando el segundo Imperio.

Para esa muchacha de provincia, establecer una correspondencia regular con Hugo es todo un acontecimiento que la llena de orgullo. Él es una gloria viviente que ya ha publicado algunas de sus novelas más importantes (entre ellas *El último día de un condenado a muerte* y *Nuestra Señora de París*), que ha revolucionado el teatro francés con obras como *Hernani* y *El rey se divierte*, y conmovido a todos sus compatriotas con su encendida poesía. Cuando Louise finalmente arribe a la capital, será el primer hombre que conozca, lo frecuentará en su casa, donde él mantiene muchos amoríos y su esposa no le va en zaga, y donde, ella así está convencida, podrá develar todos los misterios de la creación literaria.

Pero París es hostil. Para conseguir un puesto de maestra, debe jurar fidelidad a Napoleón III, requisito al que se niega. Dará entonces clases de literatura y de geografía en centros informales, pero poco después regresará a Vroncourt, donde permanecerá durante aproximadamente un año. Hay quienes dicen que la razón de este inesperado retorno se debe a que su madre ha caído enferma, pero también hay quienes murmuran que está embarazada de Hugo, quien es veinticinco años mayor que ella, y que ha vuelto al solar natal para tener un hijo.

La vida y la libertad

En 1856 está de nuevo en París, de donde no saldrá durante los siguientes quince años, y en los que se dedica de lleno a la enseñanza

en los barrios más pobres de la ciudad y en las llamadas *escuelas libres*. Es austera y lo será hasta el último de sus días; ha aprendido que la generosidad es la mayor virtud que puede poseer un ser humano y da todo lo que tiene; quiere desempeñarse dentro de un sistema pedagógico que privilegie el conocimiento y la libertad como valores esenciales. La miseria recorre las calles parisinas y los medios políticos son un hervidero de ideas en el que predominan las de carácter republicano, que desprecian el reinado de Bonaparte III. Ello ocurre en París pero también en el resto de Francia, y los movimientos revolucionarios se extienden por toda Europa.

Louise ha decidido convertirse en una suerte de célibe y, además de su fealdad, se siente ayudada por su obstinación. En esos años es cortejada por un oficial del ejército, al que rechaza una y otra vez. El militar insiste y le promete toda clase de ventajas, pero ella le responde:

- Escuche, señor, he jurado no casarme nunca. La vida casera me horroriza y por muy tentadora que sea su situación no tengo la menor ambición de ser un día «la Señora Generala». Pero si quiere hacer usted un sacrificio, yo haré otro y seré suya.
- Diga, hable, estoy dispuesto a obedecer —le contesta el oficial.
- Arriesgue usted su vida y yo arriesgaré mi libertad.
- Mañana, si es necesario, querida amiga.
- ¿Sí?... Pues mate usted al emperador.

Pero el emperador caerá por sus propios errores. En julio de 1870 le declara la guerra a Prusia, pensando que podrá vencer al enemigo en pocas semanas, pero las tropas comandadas por el canciller Otto von Bismarck derrotarán a los franceses en una breve cadena de batallas, poniendo sitio a París durante cuatro meses, desde setiembre de 1870 a enero de 1871. Mientras los habitantes entablan una dura resistencia, lo que queda del segundo Imperio se refugia en Versalles,

donde Bismarck proclama a Guillermo I de Alemania como nuevo emperador. El resultado: más de un millón de hombres movilizados entre ambos bandos, ciento cuarenta mil muertos y casi medio millón de prisioneros. Y Alemania unificada. Y las provincias francesas de Alsacia y Lorena, ricas en carbón y hierro, en manos de Bismarck.

Pero París no se rinde y ha dejado de desobedecer a los improvisados gobernantes. La nueva Asamblea Nacional y el gobierno provisional de la República, presidido por Adolphe Thiers y refugiado en Versalles, negocia con los prusianos mientras los obreros parisinos comienzan a organizarse libremente en lo que se conocerá como la Comuna de París, que se extenderá desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871. En esas semanas, la Comuna decreta la autogestión por parte de los obreros de las fábricas abandonadas por sus dueños, prohíbe el trabajo nocturno, forma una guardia nacional integrada por todos aquellos que puedan portar armas, crea guarderías para los hijos de las obreras, establece la laicidad del Estado y la obligación de las iglesias de participar en todas las tareas sociales, ordena el cierre de las casas de empeño, condona los alquileres impagos y cancela los intereses de las deudas. Y por si fuera poco, quema en público la guillotina.

De inmediato, los versalleses le declaran la guerra, apoyados por Bismarck, quien abandona el sitio y permite que Thiers envíe sus tropas y ocupe su lugar. Los combates se hacen feroces, hasta llegar a lo que se conoce como la Semana Sangrienta, ocurrida entre el 21 y el 28 de mayo: los comuneros caen en desigual combate, con un número de más de treinta mil muertos, otros tantos heridos y miles de detenidos. Louise estará en todos los frentes, organizando a las milicias pero también tomando, fusil en mano, parte activa de la defensa. Tras varias batallas en las que participa directamente, el 1.º de abril el *Journal oficial de la Comuna* titula: «Una enérgica mujer ha estado combatiendo en las filas del primer batallón y ha aniquilado a varios policías y soldados».

Simultáneamente, es electa al frente del Comité de Vigilancia femenino, desde el que moviliza mujeres en apoyo de la Comuna y organiza un servicio de guardería infantil para doscientos niños de la capital. Recluta personal para el servicio de ambulancias, incluso entre las prostitutas, preguntándose que quién más que estas mujeres, «*víctimas lastimosas del viejo régimen*», tienen derecho a dar su vida por el nuevo. Y además se enamora perdidamente de Teófilo Ferré, un muchacho diez años más joven que ella, y así se lo hace saber. Teófilo, quien la admira intensamente, no está sin embargo dispuesto a otra relación afectiva que la de la amistad.

«*Salí con las compañías de marcha de la Comuna y desde la primera salida formé parte del batallón de Montmartre*», contaría ella años más tarde, «*batiéndome en sus filas como un soldado; pensé que, en conciencia, era lo más útil que podía hacer. Continué en París, como los demás, hasta que los de Versalles detuvieron a mi madre para fusilarla en mi lugar y hube de ir a ponerla en libertad —a su pesar—, reclamando su puesto para mí*».

Reclamo mi parte

En septiembre de 1871 Louise está presa en Arras, y dos meses después, el 16 de diciembre, es llevada ante el cuarto Consejo de Guerra.

- Ha oído usted los hechos de los que se la acusa. ¿Qué tiene usted que decir en su defensa? —le pregunta el presidente del tribunal.
- No quiero defenderme, no quiero que me defiendan. Soy toda de la revolución social y declaro que acepto la responsabilidad de todos mis actos. La acepto entera y sin restricción. ¿Me reprochan el haber participado en el asesinato de los generales? Pues respondo: sí. Si me hubiese hallado en Montmartre cuando quisieron tirar contra el pueblo, no hubiera dudado en tirar yo misma contra los que daban órdenes parecidas. Pero cuando fueron hechos

prisioneros, no comprendo que se les fusilara y considero ese acto como una insigne cobardía. En cuanto al incendio de París, sí, he participado en él. Quería oponer una barrera a los invasores de Versalles. ¡Dicen también que soy cómplice de la Comuna! Ciertamente, puesto que quería hacer ante todo la revolución social y la revolución social es el más amado de mis sueños; es más, me honro de haber sido una de las promotoras de la Comuna, que no tiene nada que ver, que yo sepa, con los asesinatos y los incendios... Un día propuse a Ferré la invasión de la Asamblea. Yo quería dos víctimas: Thiers y yo, puesto que habría hecho el sacrificio de mi vida y estaba decidida a matarlo.

Más adelante el presidente le pregunta:

- Al parecer usted llevó diversos trajes durante la Comuna...
- Vestía como de costumbre —le contesta ella—. Solo añadía un cintillo rojo sobre mi ropa.
- ¿No vistió en varias ocasiones un traje de hombre?
- Solo una vez, el 18 de marzo; iba vestida de guarda nacional para no llamar la atención.

Y en los tramos finales, siempre dirigiéndose a quienes la estaban juzgando, dice:

- Lo que reclamo de ustedes, que se dicen Consejo de Guerra y que se tienen por jueces, de ustedes que no se esconden como la Comisión de Gracias, de ustedes que son militares y que juzgan públicamente, es el campo de Sartori, donde ya han caído mis hermanos. Hay que expulsarme de la sociedad. Les dicen que hay que hacerlo. Bien. El Comisario de la República tiene razón. Puesto que parece que todo corazón que bate por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, reclamo mi parte. Si me dejan vivir, no cesaré de gritar venganza para mis hermanos, en contra de los asesinos de la Comisión de Gracias...

- ¡No puedo permitirle que siga hablando si continúa en este tono!
- exclama el presidente fuera de sí.
- He terminado. Si no sois cobardes, matadme.

Pero Louise no será fusilada, sino condenada a la deportación de por vida a Nueva Caledonia, una posesión francesa en Oceanía, ubicada a 1.500 kilómetros al este de Australia y 2000 al norte de Nueva Zelanda, adonde es habitual que los tribunales envíen a todo este tipo de indeseables y malhechores. Louise recibe altiva la pena, pero su corazón está mucho más que herido: es que se ha enterado de que, unos días antes, su amado Teófilo fue fusilado. Escribe entonces un dolido poema que titula *Los claveles rojos*:

*Si fuera al frío cementerio,
hermanos, arrojen sobre su hermana,
como última esperanza,
algunos claveles rojos en flor.*

*En los últimos tiempos del imperio,
cuando el pueblo se despertaba,
rojo clavel, fue tu sonrisa
la que nos dijo que todo renacería.*

*Hoy ve a florecer a la sombra
de las negras y tristes prisiones.
Ve a florecer cerca del recluso sombrío
y dile bien que lo amamos.*

*Dile que por lo fugaz del tiempo
todo pertenece al futuro.
Que el vencedor de lívida frente
puede morir antes que el vencido.*

Tierra canaca

La partida hacia Nueva Caledonia habrá de demorar veinte meses, en los que Louise permanecerá en la cárcel central de Auveribe. El velero *La Virginia* partirá recién el 24 de agosto de 1873 y demorará cuatro meses en llegar a destino. En la embarcación viajan decenas de deportados, entre ellos un periodista que había combatido con firmeza al segundo Imperio desde las páginas de diversos medios como *Le Figaro* y *La Linterna*, Henri Rochefort. El viaje los convertirá en amigos inseparables, y con él intercambiará poemas, escritos y opiniones. Henri trata de protegerla y le consigue abrigos y calzado que ella regala de inmediato a otras mujeres en tanto atraviesan gélidos mares.

El mar, que Louise no había conocido hasta entonces, es enorme y le hace exclamar: «¡Cuánto tiempo hacía que yo amaba el mar!... Siempre lo amé». Hay días en que el viaje se hace extenuante y en los que el barco parece inmóvil en semejante inmensidad. Entonces escribe: «¡Inflad las velas, tempestades!/ ¡Más alto, olas, más fuerte, oh, vientos!/ ¡Brille el relámpago sobre nuestra frente!/ Navío, adelante, avanza, avanza.../ ¿Por qué estas brisas tan monótonas?/ Atravesemos el abismo abierto».

Pero en ese viaje, junto a otros excombatientes de la Comuna, no solo cunde el aburrimiento, sino también la reflexión profunda. Años más tarde Louise reconocería que en esos días abrazó definitivamente los ideales anarquistas. «Durante cuatro meses no vimos nada más que el cielo, el agua y a veces, en el horizonte, la vela blanca de un navío que parecía el ala de un pájaro. La impresión de inmensidad era emocionante. Allí tuvimos mucho tiempo para pensar». Y reflexionando sobre los días de la Comuna, anota: «Sentí que una revolución que se afianza en el poder será siempre un engaño que no podrá más que seguir la corriente, pero jamás podrá abrir todas las puertas al progreso». Y tiempo después dirá: «El poder es una cosa maldita. Por eso soy anarquista».

Por fin, sobre fin de año, una costa con mil tonos de verde se abre ante la vista de los forzados navegantes. En Nueva Caledonia hay un ave que se llama cagu, de plumaje blanco, pico y patas rosadas, del tamaño de una gallina, que apenas puede volar. En Nueva Caledonia hay varanos gigantes y murciélagos y cocodrilos en las costas. Y árboles de hojas siempre verdes y laurisilvas y coníferas y enormes bosques y selvas tropicales. Y unos pocos miles de aborígenes que se autodenominan canacos, que en lengua hawaiana quiere decir «hombre». Y una mujer flaca que parece, en vez de llevar sangre en las venas, cargar una pólvora incontrolable.

Louise pronto se relaciona con los canacos, aprende su lengua y se convierte en la maestra de la población, enseñando a leer a uno de sus líderes, Daeumi. También abre una escuela para los hijos de los deportados, entre los que figuran muchos argelinos. Poco después fundará el periódico *Petites Affiches de la Nouvelle-Calédonie*. Hay allí casi cuatro mil hombres y mujeres expulsados por los tribunales franceses, y todos sueñan con escapar. Algunos lo logran y van a dar con sus huesos a las costas de Australia. En 1874 Rochefort logra subir a un barco estadounidense, llega a San Francisco y luego se dirige a Londres, y a Ginebra, y a París, donde ocho años más tarde se volverá a cruzar con Louise y restablecerán su relación intelectual.

A ella todo la maravilla: las frutas, los insectos, la vegetación, las montañas. Testigo de un furibundo ciclón, exclama: «¡Qué cosa más hermosa!». Está atónita ante el nuevo mundo, pero no por ello ha dejado de desear el retorno a Europa para continuar su lucha. En 1878 estalla una rebelión canaca contra las autoridades francesas que gobiernan las islas. Louise y los anarquistas se ponen del lado de los rebeldes, en tanto algunos de los deportados apoyan a las fuerzas gubernamentales. El saldo es el esperado: cerca de dos mil aborígenes muertos en los enfrentamientos, mientras otros tantos deben refugiarse en los bosques. Y la escuela de Louise es cerrada a cal y canto. «Usted tiene que cerrar su escuela», le ordena un alcalde. «Llena las

Contenido

LOUISE MICHEL (1830-1905)

El poder es una cosa maldita ······	·7
La vida y la libertad ······	8
Reclamo mi parte ······	11
Tierra canaca ······	14
La bandera negra ······	16
Los últimos pasos ······	18
¡Toca a muerto, campana! ······	21
Heroína mayor ······	22

MIJAÍL BAKUNIN (1814-1876)

La absoluta inquietud ······	·25
Sentimentalistas a la alemana ······	27
La fuerza del lado negativo ······	29
Un colono del Far West ······	31
Soy un hombre feliz ······	34
La amante del volcán ······	36
Nacimiento y fin ······	39
El festival de los miserables ······	41
Poder o no poder ······	43
Un trabajo bien acabado ······	44
El trono de todas las Rusias ······	47
Mijaíl Bakunin según la enciclopedia de la academia soviética ······	48

HAYMARKET, CHICAGO, 1.º DE MAYO DE 1886

La anarquía en el banquillo	51
Nuestro grito de guerra	53
El cazador oculto	55
El banquete de la vida	57
La voz del pueblo	60
Si de mí depende	63
Los simulacros de una ley	65

PIOTR KROPOTKIN (1842-1921)

Todo lo que no sea legalidad	69
La primera chispa	70
Escuelas del crimen	73
«Somos utopistas, es cosa sabida»	75
La edad luminosa	78
El más grande hombre de Rusia	81
«Vamos hacia una catástrofe sangrienta»	86
«¿No hay nadie cerca de usted?»	88

RAVACHOL, HENRY, CASERIO, ANGIOLILLO,

MORRAL Y TANTOS OTROS

Elogio de la dinamita	91
Locos, criminales y ambas cosas a la vez	93
Lo que ustedes llaman un hombre honrado	95
En esta guerra sin tregua	97
Mi patria es el mundo	99
Dos arduas tareas	103
Mis hermanos de Montjuich	105
Gajes del oficio	108
Rosa de llamas	110
Mejor morir en otro lugar	114
Ravachol y Caserio según Lombroso	117

RAFAEL BARRETT (1876-1910)

La vida, esa otra tempestad	119
Destino: Paraguay	120
Una honda dulzura	122
Seis huevos y tres naranjas	124
Confiar en lo invisible	126
Tres rosas amarillas	128
José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira, Jorge Luis Borges	130
Huésped de un país extranjero	130
Lo que contó Ramiro de Maeztú en Madrid	131
De por qué Rafael Barrett viajó al Río de la Plata	131

ERRICO MALATESTA (1853-1932)

El peregrino incesante	135
No todo lo que brilla	136
Pesadilla de todas las policías	139
Los que vendrán	141
El incendio y sus cenizas	143
Las mil cuestiones del día	145
Un mecano para Luce	147
Deshaciéndose del peso del mundo	148

EMMA GOLDMAN (1869-1940)

La libertad de amar	151
Las cosas bonitas	153
La conferencista	155
Un ramo de rosas rojas	157
La vanidad femenina	159
Hacia la madre patria	161
La despedida	162
Una breve entrevista	165
Adiós al maestro	167

NÉSTOR MAJNO (1889-1934)

La primavera de Ucrania	171
Nosotros no podemos morir	173
El hombre sin cabeza	175
Libertad o muerte	177
El reino de este mundo	178
El perdido paraíso	182
La infección anarquista	185
Un majnovista en Ciudad del Cabo	186

RICARDO FLORES MAGÓN (1873-1922)

El diseñador del mañana	189
«Todavía puedo matar»	190
«Pues necesitamos zapatos»	192
Vagabundos, ladrones de pollos	194
Tierra y libertad	197
Mi nueva residencia	199
Ciudad de la Paz	201
Aquí yace un soñador	202
Discordia	205

NICOLA SACCO (1891-1927)**Y BARTOLOMEO VANZETTI (1888-1927)**

Derribar montañas, extirpar bosques, erigir palacios	207
---	------------

MIGUEL ARCÁNGEL ROSCIGNO (1891-1937)

Con la levedad digna de una sombra	233
La estupidez y la hegemonía	235
Las gallinas de La Quiaca	237
El fabricante de billetes	240
El paseo de los novios	244

Los ocultos nudos de la vida	245
El famoso fantasma	249
Una sola pregunta	252
La palabra es humo y ruido	255
Buenos Aires aguarda	259
Roscigno hay uno solo	261

BUENAVENTURA DURRUTI (1896-1936)

Nosotros	265
Cuestión de días, quizá de horas	267
De Los Solidarios a Los Errantes	270
Un largo viaje de trabajo	272
Los bailarines del Vapor de la Carrera	275
¿Qué se figura usted?	278
«Empieza a reírse»	280
«Yo limpio la casa»	283
Franco en escena	284
La columna Durruti	286
Dios ya no existe	290
Ser o no ser	292
Morir en Madrid	294
Entrevista a Buenaventura Durruti por Van Passen	299
Dos millones de anarquistas luchan por la revolución	299
La colectividad como forma de vida	302
Mi nombre es Emma Goldman	304

CRONOLOGÍA ÁCRATA 306**BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA 327**

